



PATRICIA GUTIÉRREZ MÉNDEZ

El hombre que custodió el Norte



azulejos

Ilustraciones de LUCIANA CAROSSIA

El hombre que custodió el Norte

Patricia Gutiérrez Méndez



Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autora de secciones especiales: Eugenia María Taladriz Beunza
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Karina Dominguez
Ilustración de tapa: Luciana Carossia
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez



Gutiérrez Méndez, Patricia
El hombre que custodió el norte / Patricia Gutiérrez Méndez ; ilustrado por Luciana Carossia. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2017.
96 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. serie roja ; 67)

ISBN 978-950-01-1985-6

1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Carossia, Luciana, ilus. II. Título.
CDD A863.9283



Colección Azulejos - Serie Roja

67

© Editorial Estrada S. A., 2017

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1985-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

BIO-
GRAFÍA



PATRICIA GUTIÉRREZ MÉNDEZ nació el 6 de julio de 1973, en la ciudad de Buenos Aires. Es la mayor de cuatro hermanas. Es Licenciada en Relaciones Internacionales, de la Universidad del Salvador. Trabajó en la Cancillería y en el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Está casada y tiene tres hijos. En el 2009 comenzó a escribir para ellos y publicó algunas de sus historias en la serie “Entre todos hacemos la Patria” de Cántaro, que explica hechos de la Historia Argentina para los más pequeños: *Mayo de 1810*, *Don José*, *Don Manuel* y *9 de julio de 1816*. En 2015, publicó en la colección Azulejos (serie Roja) de Estrada la novela juvenil *El estoque de mango de plata*.

Además escribe, desde el 2009, un blog de historia (www.yoamolahistoria.blogspot.com.ar) y desde el 2013 un blog con reseñas y recomendaciones de libros para niños (www.leyendoconloschicos.blogspot.com.ar).



La obra

LA NOVELA

La novela es un tipo de narración literaria escrita en prosa que se caracteriza por ser más extensa que otros tipos de narraciones. Esta característica la convierte en un relato complejo con la capacidad de reunir elementos diversos. Su carácter abierto permite integrar personajes, introducir historias cruzadas o dependientes unas de otras, presentar hechos en un orden distinto a aquel en el que se produjeron o incluir en el relato textos de distinta naturaleza: cartas, documentos administrativos, leyendas, poemas, etc. Además, por su extensión, las novelas suelen estar divididas en capítulos y poseer abundantes personajes que pueden ser caracterizados con profundidad.

Si bien pueden encontrarse antecedentes del género novela en la Antigüedad y su nacimiento se suele situar en la Edad Media, el mejor ejemplo de novela moderna en la lengua española es *Don Quijote de la Mancha* (1605) de Miguel de Cervantes. Se la considera como la primera de la modernidad, ya que incorpora cambios respecto a los modelos clásicos de la literatura y presenta ya una estructura en episodios pensados de forma unificada.

LA NOVELA HISTÓRICA

De acuerdo con el tema, el estilo y la estructura que tengan, las novelas pueden ser de distinto tipo. Uno de ellos se conoce como *novela histórica*. Esta, si bien surge en el siglo XIX, aún continúa desarrollándose con fuerza en los siglos XX y XXI.

La novela histórica se caracteriza por tener un argumento basado en hechos o personajes históricos; utiliza hechos verídicos aunque los personajes principales sean inventados. Por estos motivos, exige del autor una gran preparación documental, ya que de lo contrario no se trataría de una novela histórica sino de otro tipo, por ejemplo, una novela de aventuras, donde los hechos históricos aparecen solamente como un pretexto para la acción. Por

el otro extremo, si los hechos históricos predominan claramente sobre los hechos inventados, se trataría de *historia novelada*.

Aunque existen precedentes, la novela histórica llega a configurarse definitivamente como género literario en el siglo XIX por medio de las novelas del erudito escocés Walter Scott (1771-1832) sobre la Edad Media inglesa, la primera de las cuales fue *Waverley* (1814). En las primeras novelas de este tipo, el pasado se tomaba a la vez como refugio y como parte de una crítica al presente. Las novelas históricas permiten una doble lectura: la de una época pasada y la de la época actual.

La presente novela se centra en los acontecimientos históricos de la guerra de independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, es decir en los combates y campañas militares que se desplegaron para liberar el territorio de la dominación española y defenderlo de los nuevos ataques e intentos de reconquista. Si bien la guerra se extiende desde 1810 hasta 1825, los hechos narrados en esta novela se sitúan entre 1816 y 1821 ya que siguen el accionar de Martín Miguel Güemes en la defensa y custodia del Norte argentino, en la llamada Guerra Gaucha.

El hombre que custodió el Norte

Patricia Gutiérrez Méndez

Cuando la Patria está en peligro, todo está permitido, excepto no defenderla.

José de San Martín

El miedo solo sirve para perderlo todo.

Manuel Belgrano

Yo no tengo más que gauchos honrados y valientes.

Martín Miguel Güemes

1 | Buenos Aires, 1906

A Hugo y Lucía,
mis padres.

—¡Ataquen a esos godos! ¡A degüello mis gauchos! ¡Duro con los maturrangos desgraciados!

—¡Mamá, mamá! —salí gritando de la habitación de mi abuelo asustadísima—. ¡El Tata está muy raro!

—Calmate, Clara, tranquila. ¿Qué pasó?

Traté de calmarme, respiré profundo, y le respondí:

—Fui a llevarle el té al Tata, tal como usted me pidió. Toqué la puerta y no contestó, pensé que estaba dormido y entré. Yo estaba apoyando la taza de té en la mesa de luz cuando de repente me tomó del brazo y empezó a gritar algo de sus gauchos, degüello... y una palabra rara: ma... ¡maturrangos!

Mamá sonrió, me acarició la cabeza y me dijo:

—Clara, tu bisabuelo la semana que viene cumple cien años. Es un caso raro, no mucha gente vive tanto tiempo. Haber vivido tantos años le dio la posibilidad de protagonizar, en carne propia, la historia de nuestro país, esa misma que vos lees en el colegio.

—¿Pero qué tiene que ver esa palabra “maturrangos”, mamá?

—Bueno, te voy a decir qué significa, pero con una condición: mañana, que es domingo, después de misa vas a cebarle unos mates al Tata y le pedís que te cuente de la

Guerra de Independencia. “Maturrangos” les decían los criollos a los españoles en época de la Revolución de Mayo y de la Independencia.

—Pero mamá —la interrumpí mientras me esforzaba en hacer cuentas mentalmente—, ¿si el abuelo nació hace cien años, eso quiere decir que durante la Revolución de Mayo tenía solo cuatro años y, en 1816, el año de la Independencia, apenas diez años? ¿Es así?

—Sí, Clarita —me contestó mi mamá—, pero en aquella época todos ayudaban en la causa de la Revolución, aun los más chicos. Mucho más en Salta, la provincia del abuelo.

Mamá me dio un beso en la frente y se fue hacia la cocina, donde Dominga preparaba una rica cena. Algunos señores importantes que trabajaban con papá iban a venir a cenar. Eso quería decir que yo tenía que comer más temprano e irme a la cama. No me gustaba ir a dormir temprano, pero esa noche lo hice contenta. Me encantaba escuchar las historias del abuelo, desde muy chica me sentaba al lado de él atenta a todos sus relatos.

Aunque era mi bisabuelo, yo le decía abuelo, pero en realidad era el Tata. Mi mamá lo llamaba Tata, papá lo llamaba Tata, el papá de mi papá lo llamaba Tata y yo lo llamaba Tata. En nuestra familia podía haber padres, madres, abuelos, sobrinos, tíos, pero Tata había uno solo.

Al otro día, como todos los domingos, fuimos con mi familia a misa de la iglesia Nuestra Señora del Socorro, a una

cuadra de donde vivíamos. Ese día tuve más ganas que nunca de volver a la casa. Me intrigaban las historias del Tata. Sabía que no me quedaba mucho tiempo porque los cien años del abuelo se acercaban y no sabía cuánto más iba a vivir. O tal vez pronto se olvidara.

A las once de la mañana ya habíamos vuelto. Dominga no estaba porque mamá le había dado permiso para ir a ver a su familia. Volvería ese mismo día a la noche.

—¡Clara, por favor comportate y dejá de correr! Las mujeres no se comportan así —me dijo mi mamá bastante ofuscada por mi actitud desesperada por entrar a casa.

Dejamos los abrigos en el ropero del vestíbulo y fuimos con mamá a la cocina. Le pedí que me ayudara a preparar los mates para el abuelo Ignacio.

Mi mamá me ayudó a subir las escaleras con la bandeja que contenía los elementos necesarios. Se la notaba alegre. Le gustaba que su hija se acercara al Tata. Para ella las tradiciones eran muy importantes. Papá, en cambio, no le daba tanta importancia.

Tocamos la puerta de la habitación del abuelo, mamá entró y me dijo que esperara afuera, en el pasillo. Al rato abrió la puerta y me hizo pasar. El Tata me miraba con una sonrisa desde su cama. Mamá lo había ayudado a incorporarse para tomar sus mates.

—Como le dije, Tata, hoy Clarita va a cebarle mates. Anda un poco interesada en nuestra historia. La suya y la de nuestra Patria —dijo mamá.

—Pasá Clarita, sentate acá, a mi lado —dijo el abuelo haciéndole señas a mamá para que me acercara un sillón mecedor que estaba al otro lado de la habitación.

El abuelo ocupaba una habitación del primer piso de la casa. Era la habitación más grande y con el paso del tiempo se había convertido en una especie de enfermería. Los médicos venían a verlo casi todos los días. Por su edad, a pesar de estar muy bien de salud, todos decían que podía morir de un momento a otro.

Le habían corrido la cama para que estuviera más cerca de la ventana. Era un enorme ventanal de pesada madera de roble que al Tata le gustaba que estuviera siempre bien lustrado y con las cortinas abiertas para ver el cielo. Este ventanal daba a la calle Suipacha. Le gustaba ese nombre, Suipacha, y cuando alguien lo decía en voz alta él sonreía. Yo no comprendía por qué sonreía hasta que mi papá me contó que era el nombre de una batalla. A decir verdad, luego de esa explicación seguí sin entender. ¿Qué tendría que ver la batalla de Suipacha con el Tata?

Me acomodé en la mecedora para cebarle mates. Mamá nos miró desde la puerta, nos sonrió y se fue.

—Decime, chinita: ¿qué andás queriendo saber? —preguntó el abuelo mientras tosía como ahogado. El Tata siempre me decía “chinita” y a mí me encantaba. Yo era su única bisnieta, y decirme “chinita” era su manera de demostrarme cariño.

—Tata, vea, ayer cuando le traje su té, usted estaba dormido y habló. Hasta gritó. Dijo algunas cosas que no entendí bien.

—A ver m’hijita, qué fue eso que dije —me respondió el Tata con una sonrisa.

—Dijo algo así como “¡A degüello con los maturrangos!” —le contesté.

El abuelo se quedó mirándome, entre sorprendido e hipnotizado. Hizo una pausa y me dijo, casi como confesión, que le parecía increíble que aún saltaran en sus sueños frases como esas. Después de un breve silencio continuó:

—Maturrangos, godos, así le decíamos a los españoles cuando se empeñaban en querer seguir usurpando nuestras tierras. ¡Vaya si luchamos por liberarnos! ¡Esos maturrangos eran tosudos y no había forma de sacarlos!

—Sí, gracias al general Belgrano y al general San Martín —interrumpí yo queriendo demostrarle que sabía perfectamente de qué estaba hablando.

—Claro, mi chinita, ¿pero no se olvida de alguien? —dijo el abuelo y yo me quedé mirándolo como si la maestra me hubiera hecho una pregunta y yo no supiera la respuesta. El Tata me lanzó una mirada casi inquisidora y sentí vergüenza.

—Pues mire, mi china, se está olvidando usted del general Güemes —dijo con voz firme el Tata mientras trataba de incorporarse aun más sobre las almohadas, empresa infructuosa ya que sus débiles brazos no tenían la suficiente fuerza para soportar el anciano pero robusto cuerpo. Yo lo miré un poco azorada y solo atiné a agarrar la pava, servirle un mate y alcanzárselo. Su mano temblorosa acercó la

bombilla a la boca y sus ojos se cerraron en señal de aprobación. El Tata era muy exigente con la temperatura del mate y del té.

Sin devolverme el mate, manteniéndolo entre sus manos, como queriendo calentarlas, el Tata me miró y continuó con lo que estaba diciendo.

—El general Martín Miguel de Güemes, así era su nombre aunque después de la Asamblea del Año XIII, en 1813, en que se dejaron de lado los títulos nobiliarios, don Martín se sacó el “de” de su apellido y se hacía llamar Martín Miguel Güemes. Y también se sacó el “don”. Yo se lo sigo diciendo por respeto... ¡Cómo no respetar a semejante hombre!

Quise preguntarle si lo había conocido, pero estaba tan entusiasmado con su relato que no me animé a interrumpirlo.

—Por la expresión de tus ojos creo que querrás saber si conocí al General. Sí, querida, lo conocí. Si bien yo nací en 1806 y cuando el General murió, en 1821, yo apenas contaba con quince años, tuve la suerte, el privilegio, de conocerlo.

—¿Cuándo lo conoció, Tatita? —le pregunté intrigada.

El Tata cerró los ojos con fuerza, como buscando algo dentro de su memoria. Luego los abrió y con los ojos entrecerrados, tratando de darle suspenso al relato, me preguntó si estaba dispuesta a escuchar toda la historia, si tenía ganas de viajar en el tiempo, hasta la Guerra de Independencia. Por supuesto que le dije que sí, y le ofrecí otro mate.